

Antología del silencio

MUTISMO



Selección de Denisse Vazquez



MUTISMO

Antología del silencio

Selección de Denisse Vazquez

MUTISMO

Antología del silencio

Selección de Denisse Vazquez

Página legal



Primera edición: Junio de 2022

Índice

AGRADECIMIENTOS	9
LUNA	11
BIOGRAFÍA	17
CARTA A UNA NIÑA	21
ALGO EN COMÚN	25
DE A PIE	29
DUERME ESTA NOCHE ALMA MÍA Y SUEÑA QUE SUEÑAS	
	33
EL CASO DE R. WRIGHT	35
ELLA DE BARRANCO, YO DE CHORRILLOS	43
ENTRE LAS ESTRELLAS	45
FOTO	49
KOHINA: NUNCA PODRÁS COMPENSAR TODO EL DAÑO	
QUE HAGAS	51
LA LOCA DE ARRIBA	55
LILUH	57
LO QUE SE QUEDA EN SECRETO	61
MUERTO INSEPULTO	63
UNA SONRISA AL REVÉS	69
SIN LUZ	71
SILENCIAR EL MUNDO	73
NADA MÁS QUE DECIR	77
SEÑAS PARTICULARES	79
SENSACIONES	81
HERMOSA DESPEDIDA	83
SILENCIO EN RETARDANDO	87

Agradecimientos

Al pasar de los años, y después de percetarme de que era imposible deshacerme de él, me di a la tarea de intentar domarlo, difícil encargo para alguien a quién le aterra sacar la cabeza del desorden que se arma dentro de la propia garganta. Mentiría si dijera que aprendí de éste la manera correcta de vivir o si quiera alguna enseñanza de vida. Eso me asustó más, saber que la ausencia estaba ahí, era intrínseca a mi cuerpo y, para variar, era inútil. Existía y yo era consciente de eso, es lo único que podría decirse de mi parasito- o quizá mi simbionte-. Ocupábamos los mismos espacios, éramos presos de las mismas injurias y entendíamos bien el complicado arte de sobrevivir a pesar del ruido. Y en las voces de otros, en las carcadas, en los suspiros buscaba los pequeños espacios en los que él se entrometía. Era el protagonista del clímax de un orgasmo y, en la orquesta, estaba en la cúspide del crescendo.

Hoy me percato de que hay otros que lo observan también y es a ellos a quienes agradezco compartir un espacio, en el que nadie habla

Sara Noemi Coronado Mayoral
Guadalajara, 2003

LUNA

—¿Y qué si fuera Vivaldi? —Un asomo de travesura se reflejó en sus labios, a la par de unas caricias en las teclas de aparente marfil—. ¿Has escuchado algo más que un melancólico órgano?

La joven rubia reflexionó sobre una pregunta que no deseaba contestar, negando apenas con un movimiento en su cabeza y los ojos aguados.

—Bien, en ese caso... te mostraré.

El amanecer se elevaba en la fría costa, demasiado desolada para su gusto, demasiado gris y llena de mata. El día no era otro sino un somnoliento rayo de sol que aparecía receloso, anticipando la pesadumbre de lo estático. Era un mundo diseñado para el humano, sin embargo, ambas se proclamaban deidades de su propia fantasía.

Un suave golpeteo les alertaba del derrumbamiento de su castillo, lástima que fuese uno hecho de arena. Jugaban con el tiempo, aunque en realidad el jugaba con ellas.

“Date la vuelta” era el pensamiento que alertaba a la más alta, ¿con qué razón habría de cometer tal suicidio? “date la vuelta” ¡¿por qué?!

Era el comienzo del estruendo, aquella sacudida ¿la tormenta? No. Es algo más violento, más real: el sonido de las cuerdas siendo perturbadas por articulaciones ajenas, no solo eso, se

vanagloriaban de su desespero.

Justo así, la emoción de cuando la temporada de caza inicia, el final de un amor que jamás debió haber recorrido los lugares de las notas y los secretos entre habitaciones blanquecinas. La agitación sobre lo que se llena de polvo.

—No estoy lista para entregarte a brazos de otro —apenas un susurro escapó de ella, la encargada de hacer el vestido de novia de la otra—, no puedo.

Ambas, fueron el brillo dorado intentando ser encerrado en un pequeño cofre y ahora se resumían en un mar saliendo del piano, inundando sus propios corazones. Ninguna dispuesta a soltar la mano de la otra, a decir el inminente adiós.

La idea de desaparecer del mundo era tentativa, más que ser alejadas la una de la otra. Refugiadas en los ojos contrarios, esperando a que su cúpula de cristal se fragmentara en cualquier momento...

—¿Hija, estás lista?

El llamado. Desde la otra habitación, el desgarramiento de un alma que ya estaba unida. No había manera de escapar del infierno que le deparaba, incluso si su salvadora se encontraba frente suyo, deseaba la muerte a pesar de que esa fuera la más irremediable destrucción.

Unos orbes anhelantes, esperando su respuesta para huir de todos. Tal vez no se dieron cuenta, pero sus respiraciones alertaban la verdadera naturaleza de sus siguientes palabras.

—Un momento, aun debo hacer al-

—¿Qué es más importante que hacer esperar a tu futuro esposo? Date prisa —tal vez su madre se dio cuenta de su agresividad, porque su voz salió un poco más calmada—. Ya lo

hablamos, baja en 5 minutos, por favor.

No, no, no. NO

¿Como sería capaz de abandonar todo lo que conocía, lo que le era cómodo?

El desbordamiento continuaba sobre el imperioso momento en el que debía de soltarse para caer en la miseria a la que su propia sangre la había condenado.

—Recuerda, podrás encontrarme aun en la música, no estarás sola.

Más que palabras de aliento para la obligada novia, eran palabras para consolarse en el velorio de su corazón, justo el día que su amada fuera proclamada por alguien que soberbiamente quería sus riquezas, aquellas que ni siquiera le interesaba a ninguna de ellas.

Otro grito de ayuda, “huyamos”, pero sabían que si su suerte era mucha, acabarían muertas juntas. Y lo sabían, el destino no habría sido tan piadoso con ellas, era mayor la probabilidad de que la pobre costurera terminara asesinada frente a los ojos de quien más amó en este mundo. No valía la pena.

—Por favor, no me sueltes.

Estaba casi segura de que incluso los mismos dioses lloraban extensas lágrimas por el arrebato de estas dos pobres almas. Pero si esto fuera posible, ¿Por qué ni siquiera Zeus se atrevía a hacer algo?, ¿es que acaso no eran dignas del mismo milagro que le ofrecieron a Orfeo?

En ese eterno instante, con lo finito reclamando lo que siempre le perteneció, supuso el triunfo del desasosiego; fue incluso peor que cuando la oración “los declaro marido y mujer” resonó en toda la catedral, pues la resignación moriría hasta el

día que cayera en un ataúd.

No obstante, se buscaron.

En palabras de otros, entre cuerdas, vientos y teclas. En la fragilidad, en lo delicado, en lo desconocido de la noche: en la luna. Su consuelo fue la luna, la eterna confidente de los necesitados nocturnos, la única que fue testigo de aquello que a gritos, los demás no pudieron entender. Pero como saber si se encontraban ahí, cuando en vida muertas estaban, sumergidas en el lago que nunca descendió.

Inquietantes por encontrar el tímido piano o tal vez el atrevimiento del violín, mas nada pasó. El tambor murmuraba apenas recordándoles de su existir, expectantes de la conversación entre truenos, para solo encontrarse con la agonía de los relámpagos, alumbrando aquí y allá.
Sara Noemí Coronado Mayoral

La vivacidad de los músicos se ahogaba con la necesidad de no renunciar, ¿pero para qué? Ah Beethoven, ya no me jacto de tu sufrimiento porque ahora no me es ajeno. Tal vez si terminaban con el martirio, caerían en el mismo tormento, sin embargo, era mucho pedir.

Miles soles, miles lunas y un par de primaveras danzaban con decoro. Y la joven de cabello claro y anillo en mano, estaba más estropeada, ¡que ya acabe con esta agonía!, ¿es que no ha sido suficiente? Suplicante le decía a la luna.

Tal vez, la luna entendía cada una de sus palabras y las de aquellos que viven con sus cadenas puestas, pero nadie entendía la luna. El consuelo caía tras sus lechosas perlas, en los mensajes de las parpadeantes estrellas; ella en su día más próximo a expirar, les prometía un paraíso en el que sus únicos cánticos y melodías les arropara para siempre.

—¡Luna, luna, sálvanos!

Intentaba replicar, pero nadie comprendía. Los amantes eran los que más fuerte pedían, ¿y ella? Ella solo podía hacerles compañía.

—Por favor, hijos míos, esperen un poco más.

Sin ninguna respuesta, un gran velo se extendía y sofocaba la esperanza que pocos albergaban. Sobre todo dos mujeres que sobrevivían al calvario al que fueron sometidas ¿pero para qué? Pobre de nuestra testigo, guardando miles de secretos; tareando a la par de los dulces paseos del viento, intentando calmar los pedidos que solo a ella llegan.

Ah Vivaldi, ni la dulce primavera ni el jugueteo de verano prevalecen, el golpe de la lluvia y los incompletos momentos que dan paso a la falsa tranquilidad. La rudeza del otoño fue la idealización de un preámbulo que se transformó hasta que nunca pudo esconderse y se desató de la mano del invierno.

La tímida esperanza se recolectaba como agua. El ajetreo de la orquesta se alzaba imponente ¿la pieza se encuentra en su punto culmine? ¡corre, corre!

El dolor.

La angustia.

La necesidad.

El galope.

La separación.

El sonido blanco...

—Entonces, ¿Qué opinas de Vivaldi?

El la cree en sus manos.

Ella se refugia en el mensaje de las almas.

Y la luna, la luna solo pide con falta de palabras que ya acabe

con el sufrimiento de ella y de sus hijos, que consumidos en lamentos, se resumen a ecos arrastrados por el viento.

Jorge Rolando Acevedo
Salta, 1968

BIOGRAFÍA

En mi perfecta soledad cerrada...
Guillermo Díaz Plaja.

“El sólo hecho de haber nacido dos meses antes de lo previsto puede considerarse un milagro, sí es que los milagros existen por cierto”. Será por esa razón que siempre permaneciste a mi lado como su fueses un ángel guardián.

Sin ninguna dificultad física ni emocional, el lápiz no es ajeno entre los dedos de la mano. La particular mina hilvana, como si fuera un delgado hilo de coser, el pasado con el presente: niñez, adolescencia, juventud y adultez.

Las manos tienen diez dedos, cada palma de la mano tiene trazos distintivos: líneas rectas y cuervas que marcan en destino. Paciera que esas cuervas y líneas son tan tuyas como mías. La quiromancia y cada recuerdo, al compararlos, son fotografías en blanco y negro que guardo en la conciencia. Pues, no tengo registros de la primera infancia sino esas semblanzas de papel. Si no fueran por ellas, no tendría ningún testimonio de aquellos primeros años de vida, sin embargo, tú siempre permaneciste fiel a mi lado, aún en los momentos más triste

y difíciles que me tocó vivir hasta el momento.

El primer recuerdo que viene a la memoria es un plato de sopa de crema servida en un hotel, algo tan lejano y difuso como el acta de nacimiento. El segundo recuerdo es un acto escolar. La maestra anunció: - ahora el niño de la sala "b" del jardín de infante, cantará una canción en representación de los jardines de infantes de la escuela. - Salí al escenario, luciendo un trajecito verde, conformado por una camisa mangas cortas y un pantalón, unas medias blancas que hacían juago, a su vez, con los zapatos de cuero. Tú estabas allí, detrás de las bambalinas, me cuidabas, sin que me diera cuenta. Estoy seguro que sonreías al verme tieso de los nervios, paradito al costado de inmenso escenario. Permaneciste en ese vértice hasta que terminé de cantar la canción. El otro recuerdo es "el día del niño". Cuando apenas abrí los ojos, comenzaron a llegar a la habitación los obsequios: una guitarra pequeña como yo, un saxo azul, una carretilla lila con rueda negra, un auto sport anaranjado y azul, una pelota de goma número tres, un rompecabezas, una escopeta con una bala de corcho, animalitos, los cuales tenían caramelos en sus panzas, un camión volquete y otro hormigonero. Tú estabas en un costado, a lado de puerta, invisible y constante me mirabas alegremente con una leve y pasajera lágrimas en los ojos.

Cuando llegó la adolescencia, y consigo el amor, nunca me dijiste nada, sin embargo, me acompañaste, en cada suspiro, en cada intento, incluso, en esos mo-

mentos desamor... Presumía con todas las palabras que su presencia inspiraba: Neruda, Becker, Rubén Darío, Storni, además de dos cuadernos llenos de versos propios. Lucía una pulsera bañada en plata, cuyo inscripción decía, justamente, "amor"; tenía un llavero que portaba una sola llave, un llavero que se asemejaba a un cable de teléfono que unía el aparto en sí con la bocina pero que iba prendido a mi cintura. "Ella jamás me correspondió, jamás". Siempre escuchaba de su boca - dale tiempo al tiempo - supe, al final que era una forma sutil y elegante de decirme "no". A propósito, debo confesarte lo siguiente, estudié una carrera humanista con el afán de conseguir una novia, una querencia, una sensación amatoria. No te molestes, discúlpame. Recuerdo, por último, el mes de junio, cuando la ciudad cumplía años, quería estar acompañado, pero la búsqueda incesante se hizo añicos, cuando la vi con otro...

Así, en más de una oportunidad nos fuimos, tú y yo, a caminar por los parques, las plazas, las avenidas, las bocacalles y las penumbras. ¡Cuántas noches, cuantas citas inútiles! Cuántas noches mirando la luna, mientras otras parejas de enamorados vivían su presente tan dichoso y afortunado.

¡Nunca te vi llorar! Ni cuando mis padres fallecieron. Porque te convertiste en un alimento, en un refugio, a pesar de la amargura y el dolor de ese momento de congoja. Supe, entonces, que éramos el uno para el otro.

Hoy, si bien he cerrados todas las puertas, las habidas y por haber, al tener el alma herida y desilusionada,

continuamos unidos como a aroma del café y la hojarasca, al amparo de una tenue luz y un sinfín de libros. Ya lo dijo el poeta: Cuantas veces giré hacia mí sombra; como se parecen el silencio a la soledad. Por eso digo: - ¡Siempre estuviste a mi lado! Desde el primer latido del corazón, desde la primera exhalación de aire hasta este.

Karely Zárate
Villa Corona, 1998

CARTA A UNA NIÑA

Quisiera poder decirte que ser mujer es fácil, pero no lo es. Quisiera poder prevenirte del dolor implicado por ser del “sexo débil”. Por desgracia no puedo, solo puedo trasmitirte la experiencia propia y la de muchas mujeres a lo largo de la historia. Con el fin de lograr transformar el dolor en aliento para la lucha en contra de la desigualdad y la condena que se nos dio por nacer siendo mujeres. Desearía que el ser mujer no conllevara tanto esfuerzo ni culpas. Quisiera evitarte la mirada de los hombres, esas que te desnudan el cuerpo y te convierten en su presa, haciéndote sentir incapaz e insegura, creando culpa hacia tu sexo, cuando tú nunca eres ni serás la culpable de esto. Porque no importa que traigas puesto o hagas, la mayoría de ellos te verán como inferior y no solo eso, sino como un objeto sexual, lo cual es mil veces peor. Quisiera que pudieras expresar libremente tus emociones sin ser cuestionadas o minimizadas con frases tales como “de seguro anda en sus días”.

Solo decirte; el mundo siempre espera un poco más de ti, es decir, todo el tiempo estarás a prueba demostrando tu capacidad y tu inteligencia se verá tendiendo de un hilo, siempre existirá un hombre que busque sobajarte en el mas mínimo error, cuestionado tu capacidad. La sociedad va esperar perfección en todo lo que hagas por

el simple hecho de ser mujer y cuidado con cometer un error porque te repudian diciendo “es vieja”. Desde niña se te pondrán reglas y códigos de comportamientos, limitándote a volar, pero resiste. Resiste y lucha contra lo no deseado, contra lo que no quieras. No te limites a jugar con ciertos juguetes, tu sal y avienta tierra, ensúciate, anda en pans y lo más importante no restrinjas tu imaginación ni dejes de soñar en grande. No permitas que los comentarios te encierren en alguien que no eres. No caigas en los estereotipos que han mantenido presas a muchas mujeres.

Ser mujer no debería ser una carga ni una prisión, ni tener predestinada nuestra vida. Ser mujer no tendría que ser un miedo constante ser violentada o temer por ser abusas sexualmente. No deberíamos cansarnos en demostrar nuestra capacidad una y otra vez, ni mucho menos ser una simple sombra en la historia de la humanidad, una historia de hombres. Tendríamos que tener nuestra propia luz, nuestra propia voz en las páginas escritas por siglos, pero la han silenciado y aniquilado, con el argumento de que no somos lo suficiente importantes para formar parte de ello, de nuestra historia.

Si bien la famosa frase “no se nace mujer, se llega a serlo” tiene razón, pues ser del sexo femenino conlleva con cumplir expectativas imposibles de lograr, todo con el afán de que te sientas miserable y vacía al no lograrlas. Querida niña, sé libre de tomar el control de tu destino. Cambia el ser mujer, no le des reglas ni códigos, simplemente construye tú la imagen deseada por ti, donde

no te sientas atrapada, donde puedas volar. Y comparte tu historia una y otra vez, porque al hacerlo la mujer se transforma y se libera de la prisión de sentirse sola.

Robinson Quintero Ruiz
Barranquilla, 1969

ALGO EN COMÚN

Aún tenía por delante la mayor parte del día. Fue a la cocina, se agachó frente a la nevera y sacó una jarra de jugo de naranja. Quitó la tapa plástica con el mayor cuidado posible, pero de todos modos se oyó un delicado sonido al destapar el recipiente. La mujer se sirvió cuatro dedos de jugo en un vaso de vidrio decorativo. Fue hasta el sofá y se sentó. Puso el vaso sobre una mesita sencilla. Se quitó sus zapatillas de lona y miró sus dedos. Recostó la espalda y cerró los ojos. Midió con fuerza la extensión de su soledad.

Volvió a inquietarse por el futuro de su vida. Sabía que no podía pasar el tiempo cuidando ancianos y niños para obtener algo de dinero. Lo de fotografiar personas en el centro de la ciudad era una simple diversión. Recordó la mirada de aquel hombre disfrazado de payaso a las afueras del centro comercial. Gente común. Gente muy parecida a ella.

Ahora lo recordaba todo. Había ido sólo un par de semanas al nuevo apartamento de su hermana Beatriz y volvió a sentir ese vacío. Encendió un cigarrillo y miró el cielo estancado en el horizonte; a través de la ventana se escuchaba el rumor del tráfico en una avenida que quedaba a dos calles de su vivienda. Eructó y sintió el sabor de la cebolla sofreída en su paladar. Ella era todo

en esa casa, en esa sala, en la estrecha cocina. Todo tenía su toque, su sabor, su vida.

Pero a lo largo de sus treinta y seis años siempre se había sentido sola, a la deriva en un mundo que giraba vertiginosamente. Miró las plantas en las macetas del marco de la ventana, los frascos en las repisas a los costados de un horno que había comprado de segunda en un pulguero, las canastas que había colgado en la pared de madera, el armario extra en la pared de enfrente, lleno de aparatos que le gustaba usar. En un estante grande estaban los juegos de frascos de vidrio con fideos, arroz, café, azúcar, lentejas y otros granos. Todos bien alineados y marcados con su paciente caligrafía.

Se tranquilizó un poco cuando tuvo que repasar en su mente todas las cuentas. La mayoría de los servicios los había pagado, excepto el gas. Pero no le preocupaba de a mucho porque era un monto mínimo para cancelar.

El sol de ese sábado de julio por la mañana se filtraba por entre las persianas de la sala, pero no la incomodaba. Miró su reloj y vio que no eran más de las diez. No era habitual que ella se quedara hasta tarde en casa, menos un sábado de quincena, cuando hacía las compras en el mercado, y además debía comprar nuevos rollos fotográficos.

Notó en la despensa y en la nevera que faltaban algunas frutas y verduras. No tenía nada de carnes, pero para estos quince días no pensaba comprar pollo. Sólo carne de res, cerdo y pescado. Cerró los ojos y meneó la cabeza. Se levantó y fue al baño. Sabía que no podía de-

jar de preocuparse por tanta soledad a su alrededor. Era algo a lo que tenía que acostumbrarse.

En cierto modo, fotografiar a la gente desprevenida en las calles del centro la aligeraban de penas y tristezas. Captar la esencia de esas personas era algo extraordinario, pensándolo bien. Hoy tenía esa extraña sensación que, ahora se daba cuenta que en el mundo sucedían cosas peores, quizás no era tan malo su tragedia personal.

Se asomó por la ventana. Afuera un par de ancianos caminaban por el andén tomados de la mano. El sol se ocultó de momento tras una enorme nube. Las dos personas mayores se detuvieron a tomar un descanso. El hombre miró hacia la ventana donde ella estaba. Lo reconoció de inmediato. Era el señor Edgardo Gálvez, propietario de un condominio donde ella había vivido antes.

Él llevaba puesta una camisa que le quedaba grande. Además necesitaba afeitarse. A ella le hubiese gustado tener la cámara a la mano y captar ese instante sublime. La pareja de ancianos siguió su rumbo.

Recordó que su tía Elizabeth fue quien le enseñó a coleccionar libros de arte y esquelas de los periódicos. Su tía Elizabeth y su manera extraña de vestir con chaqueta de hombre, zapatos de hombre y un sombrero grande. Su tía Elizabeth quien de manera seguida le decía que era justo y necesario darle sitio a las demás personas porque el mundo era una rueda de la fortuna, que te subía y luego llegaba al final. Pero ella también había reconocido ciertas cosas de este mundo. Otra gente también

tenía las mismas oportunidades.

Ella ya lo sabía de memoria, no existía nada nuevo bajo el sol mientras la vida se esfumaba de manera prodigiosa frente a todas las miradas.

Enoc Aguilar Posadas
Ciudad de México, 1977

D E A PIE

Soy un hombre de a pie, disfruto contar los pasos sobre el asfalto y respirar el fresco de la madrugada, envuelto en las hojas del smog y de los rasgos de ciudad, y de pájaros, y de perros de calle, y de bocinas destruyendo tímpanos haciendo revolotear a las palomas y toda clase de volátiles pasmadas entre las cornisas. Repudio los periódicos, ¿quién lee ahora los periódicos? Quizá me entretengan las revistas de chismes y amarillentas que arrebatan una sonrisa sarcástica. Jamás las compro, las ojeo y las hojeo mientras espero turno en el dentista; en la sala del car wash; en la estética unisex (que hace tiempo dejó de ser barbería). Pero, sobre todo, reniego de las palabras, me irritan las impresas en los libros; en las tapias de bares viejos y las que rezumban en mi cabeza, las que no me dejan en paz: las perseguidoras.

Soy eterno del mundo mediocre entre sillas giratorias; gavetas de láminas oxidadas y el sonidos constante de impresoras viejas, del olor del papel y tinta y del gélido vientecillo del aire acondicionado que hace sudar gotas frías viendo hombres y mujeres escondiendo sonrisas y hablando solos y solas con las paredes, o con los cuadritos de “misión” y “visión” y las persianitas y las tazas de café frio. Y entre sus manos frágiles y perfectamente

huesudas y exfoliadas los Samsung, los Huawei y uno que otro iPhone con sus detalles minimalistas y su manzanita mordida.

Y las palabras insisten, ametrallan en la sien y buscan, y resuenan con aldabas viejas hasta ver la luz del quicio. Se asoman, se burlan, charlan entre sí. Cierro lo ojos, conecto los auriculares en mi teléfono, (qué raro es llamar teléfono a un aparato que no utilizo para llamar), finjo hablar para no escucharme tonto sin darmel cuenta que todos están así, como un zombie más, muertos vivientes, un ser humano que utiliza una máquina, una máquina que utiliza a un ser humano, máquina-humano, humano-máquina.

Soy hombre de a pie, ya lo dije. Me gusta beber del café al tiempo que se hiela en las escasas dos cuadras del Oxxo, dar los buenos días fingidos a quien me tope, devolver el asiento con amabilidad forzada a la dama, al viejo, a la anciana, a la embarazada, al discapacitado. Todo esto esperando me vean y consientan mi buena obra del día. Odio los lunes, me emocionan los jueves y abrazo los viernes como a un hijo deseado sabiendo que me espera un sábado aburrido y un domingo frustrante y más sádico que el mismo lunes.

Cuando “ellas”, las palabras, entran, me reservo el derecho de saber su género, me bloqueo; les ofrezco de beber o bocadillos, y ellas, y ellos, y todas las palabras; se ríen. Se sientan de forma circular y bostezan, y se miran discutiendo su turno, su lugar; su posición. Los verbos son los más inquietos, quieren estar en todo. Los adjetivos

se la pasan criticando y viendo cualidades o defectos. Los artículos disponen de número y género; son como dioses que se conjugan. Y de vez en vez, un anglicismo quiere entrar a la fuerza. Los presentes intentan negarle el paso, buscan sinónimos que los suplan, y no encuentran. Yo me rio, hago la grosería de querer escupir el chorro de café mientras sacudo la cabeza y me detengo en el comedor. La verdad, es divertido cómo se embrutecen, cómo tratan de replegar al extranjero que, sin darse cuenta; no solo llega a formar parte de una línea de palabras, de un verso, de una estrofa, es más, acá entre nos: suelen convertirse en el mismísimo título.

Y en ese instante, en ese preciso momento en que se están formando y poniéndose de acuerdo; son claras, evidentes, casi transparentes a mi raciocinio obsoleto. Y luego pienso, qué hago acá, con estas palabras que tanto malquiero, por qué les hago caso, por qué les doy tanta importancia. Y sé que no me dejarán tranquilo hasta verlas en un papel, en una servilleta, en un ticket del metro Indios verdes-Universidad, en un cartel despintado, en las glosas de una revista de chismes, en una pared. En algo. En algo.

Y cuando las releo comienzan a moverse como enjambre de mariposas, y se me hace increíble que ese revoloteo estuviera en mi cabeza, entonces, se me complica entenderlas, ya no las comprendo. Se vuelven y se revuelven. Esas palabras parlanchinas se mezclan, se esconden, unas se quitan otras se ponen. Y no entiendo lo que escribo y vuelvo a aborrecerlas, y a charlar con

las paredes, con las persianas, con los cuadros horro-
sos de “misión” y “visión” o el Van Gogh ridícu-
lamente imitado y postrado asimétricamente en la pared de la
pieza.

Yo, hombre de a pie, insisto. Aborrezco la iglesia pero
suplico a un Dios cuando me habla el gerente, cuando
me rompo una pierna o espero un diagnóstico, lo im-
ploro al no escuchar el despertador y son las seis con
cuarenta, cuando despacho la llamada de mi ex esposa
y no he depositado, cuando se pincha el neumático o mi
billetera está llena de papeles inservibles y ni un Beni-
to Juárez, ni siquiera de las denominaciones más bajas.
Solo así, solo así recuerdo a un ser supremo, e inmedia-
tamente después escupo palabras, de esas que son ma-
las, blasfemias, palabrotas que se hacen llamar despecti-
vas; o algo así. Y sin darme cuenta, ya están en el círculo
de tertulia de palabras y, presiento el rechazo inminente
de las otras voces, pero, les resultan empáticas, y para
mi sorpresa, quizá; imprescindibles.

Janin Vargas
Guadalajara, 2001

DUERME ESTA NOCHE ALMA

MÍA Y SUEÑA QUE SUEÑAS

Ya puedo ver las hojas de mi arbolito caer
se avecina un vendaval
vendaval detos y de un viento como huracán

Suena lejos, muy lejos dentro de mí
el viento de otoño
y el estridente grito de allá afuera
y yo...
y yo soy menos capaz de
escuchar el ruido con tanto ruido allá afuera
entonces, caí en silencio
caí en cuenta de que ya era invierno
y no me di cuenta hasta que el corazón se me heló

Mis manos se niegan a nada que no sea abrazarte
en el devenir, en este momento y en cada instante
entre tanta destrucción, mis manos, construyen una ilu-
sión
y yo soy menos capaz

A ver si el destino no juega conmigo
y la esperanza no me abandona antes
ahora, necesito dormir, para dejar de sentir que no sien-
to nada
está decidido

Necesito, quizás, dejar de fumar
no es que alguna vez me haya dado igual
es solo que, quizás, no he aprendido nada del olvido

Duerme esta noche, alma mía
y sueña que sueñas.

Carlos Alberto
Ciudad de México, 1996

EL CASO DE R. WRIGHT

El joven Wright era conocido por su extrema precaución ante el mal higiene. Los más cercanos a él siempre supieron que detrás de toda esa fachada siempre se ocultó un incommensurable temor a contraer cualquier tipo de enfermedad que pudiera afectarlo gravemente. Nunca nadie entendió como alguien como Richard Wright podría padecer semejante fobia, él era alto y de complexión musculosa, se alimentaba bien y era bastante atlético. Lo anterior sin mencionar que no padecía diagnóstico alguno que diera indicios de un problema que comprometiera su sistema inmunológico y lo dejara vulnerable ante los patógenos que lo atemorizaban.

El hecho que todos desconocían era que Richard había tenido un gemelo al cual él estimó y procuró, para infotunio de él su hermano falleció a temprana edad a causa de un virus, evento que lo marcaría de por vida. En los años que transcurrieron a su luto, los señores Wright se tornaron bastante paranoicos con el tema de la salud del hijo que les quedaba. Richard tuvo que pasar el resto de su infancia y toda su adolescencia en chequeos médicos, así como en tratamientos preventivos por insistencia y temor de sus padres. Al inicio el joven Wright se oponía a todo lo que era sometido, sin embargo, con el paso del tiempo el trauma de sus progenitores pasó a ser hereda-

do por él, convirtiéndolo en una fobia propia.

Dadas las circunstancias que lo atemorizaban fue que en dos mil veinte Richard no vaciló en salir huyendo del bullicio de la ciudad en cuanto estalló la pandemia, él poseía una cabaña en lo más retirado de un bosque al norte, por lo que empacó todas sus maletas y se retiró. Al inicio Wrigth se sintió alivianado de todo el peso de la vida urbana, creía que en el bosque tendría la oportunidad de llevar una vida más segura de las enfermedades, él estaba consciente de que no estaría libre de patógenos, pero siendo el único hombre en medio del bosque se reducían las posibilidades de ser contagiado por otro ser humano. En cuanto a sus provisiones logró hacer un buen acuerdo con un viejo conocido de sus padres el señor Miller, quién cada quince días iba hasta la puerta de su nuevo domicilio a entregarle una lista de alimentos, productos para el hogar y algo de efectivo que retiraba del banco del cuál restaba lo del gasto y lo de sus servicios de envío. Richard sabía que no tendría que salir de su refugio ni verse en la necesidad de interactuar con cualquier persona, finalmente Wrigth sabía que estaba aislado del mundo.

Los días transcurrieron y Richard se percató que tenía bastante tiempo para si mismo, por lo que empezó por terminar todos los libros que había llevado consigo y que antes había tenido arrumbados en un librero de su apartamento. Mientras Wrigth tuvo libros que leer no le pesó el transcurso del tiempo, pues de esa manera él lograba distraerse en diversas historias que lo disper-

saban y lo mantenían ocupado. Sin embargo, cuando hubo concluido el último libro el joven entendió que ya no habría forma de distraerse del silencio y la soledad abismal que le rodeaban, intentó buscar algún tipo de señal de internet cerca pero no obtuvo resultado alguno. Ante la imposibilidad de tener algún tipo de conexión con el mundo exterior Richard se avocó a los asuntos de la cabaña tales como su mantenimiento. La nueva lista de actividades dio a Wright una serie de pasatiempos con los que ganó cierto ritmo para su solitaria cotidianidad en medio de la nada.

No obstante, el gusto por mantener la cabaña arreglada y en buen estado no fue suficiente para detener los tentáculos del silencio y de la soledad que poco a poco estrangulaban a Wright. Él nunca fue una persona que hablara sola, por lo que desde que habían concluido sus lecturas en voz alta no tuvo necesidad de articular palabra alguna, sumergiéndolo aún más en el silencio de su ambiente. Con el tiempo se acostumbró a los ruidos del bosque a tal grado que estos pasaban inadvertidos por él, podía haber una sinfonía de aves al pie de su ventana o las copas de los árboles se podían agitar al ritmo del viento y Richard seguiría siendo víctima del silencio. No es que no disfrutara de las maravillas que la naturaleza le proveía, el problema radicaba en que el solitario joven empezaba a anhelar la compañía humana, deseaba poder tener una charla y no le importaría cuan simple o compleja fuera, incluso estaba dispuesto a tocar cualquier tema fuera de su agrado o no. Wright solo deseaba

ba poder experimentar el contacto humano solo que la única opción que tenía era el señor Miller, alguien que no era precisamente el ser más comunicativo. De hecho, el encorvado señor Miller ni siquiera entablaba plática alguna con Richard, se limitaba a contar el dinero que ocupaba para los víveres del joven, descontaba su parte correspondiente y luego solo dejaba la caja de cartón con las cosas en la puerta principal de la cabaña para después desaparecer por quince días.

Durante las próximas entregas de productos para abastecer su cabaña, el joven Wright intentó acercarse a la puerta para abordar al apático señor Miller y así poder terminar con el silencio que lo envenenaba, una parte de él estaba harto de sentirse solo, pero sus traumas de la infancia lo detenían para poder salir y entablar una pequeña conversación con otro ser. En una ocasión el muchacho logró llegar hasta el picaporte de la puerta principal, pero cuando quiso girarlo para salir un exuberante pánico le congeló cada hueso y músculo, sus latidos estallaron a la velocidad de la luz y la palma de su mano se tornó resbalosa con la abundante cantidad de sudor que de él brotaba. Al final de ese día el picaporte nunca se abrió y la tan ansiada charla con otro ser jamás se llevó a cabo.

Richard prosiguió sus intentos por vencer al pánico que lo ataba a la silenciosa cabaña, se convenció a si mismo que si era capaz de interactuar con el hombre que le llevaba sus provisiones necesarias había una posibilidad de poder enfrentar su fobia a las enfermedades, hecho

que lo llevaría de regreso a su vida en la ciudad. En una ocasión lo esperó en el pórtico sentado en una mecedera, ese día había muchas aves alrededor lo cual produjo una sensación de esperanza en el joven, no pasó mucho para que la camioneta de Miller se hiciera escuchar entre la maleza del bosque. Wrigth quiso ensayar distintos tipos de saludos, pero sus deseos fueron interrumpidos por el horror y la aversión que le causó ver la camioneta de su proveedor, se levantó lo más rápido que pudo y entró a refugiarse en la cabaña, para luego espiar detrás de una cortina y apreciar la tan polémica escena que acontecía frente a su propiedad. No se trataba sobre el modelo o cuan nueva era el vehículo, sino el estado en el que se encontraba, resulta que el señor Miller no solo era poco sociable al parecer también carecía del sentido del higiene, lo cual Richard no tenía manera de haber sabido dado que cuando se mudó al bosque toda la negociación la llevó a cabo a través de su dispositivo celular. Jamás se había tomado el tiempo de revisar cómo se llevaban a cabo las entregas, pues cuando esto sucedía el tendía a encerrarse en el cuarto más apartado de la entrada para estar lo más lejos posible de cualquier ser humano. Sin embargo, ahora que buscaba y requería del contacto con alguien más vio la manera en la que llegaban sus alimentos y demás provisiones. El viejo señor conducía una Ford F 250 del año 1977, misma que no presentaba indicios de haber pasado por algún tipo de limpieza en los últimos años, la parrilla apenas era distingible por la gran cantidad de tierra acumulada,

la herrumbrosa defensa delantera colgaba del lado derecho, con cada metro que recorría el vehículo daba más impresión de que aquella parte terminaría por desprendérse. Uno de los faros delanteros estaba quebrado, y el otro tenía tal aspecto que nadie creería que funcionaba, la Ford de Miller carecía de cofre, de un par de vidrios en la cabina, así como de espejos, el motor hacía tal ruido que las aves huían a su paso y el escape vomitaba cantidades desmesuradas de humo.

La camioneta de Miller no era lo peor del asunto, detrás de la ventana Wrigth contempló como el señor batallaba para sacar la caja de provisiones del asiento de copiloto, misma que estaba enterrada bajo un cúmulo de basura. El hombre extrajo las provisiones, pero al cargar el cartón colocó su larga y sucia barba sobre este. Richard sintió náuseas, sus deseos de pronunciar siquiera un saludo se hundieron el abismo más solitario de su silencio, prefirió contemplar con horror como su comida era expuesta a un sinfín de posibles bacterias y tras imaginarse la microscópica escena sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal. El señor Miller ejecutó su rutina quincenal y luego volvió a su transporte para desaparecer entre los frondosos árboles. Pasaron un par de horas para que el joven apanicado pudiera recobrar la postura y percatarse que nuevamente estaba solo, y ahora no tenía la compañía de las aves, pues estas no volvieron en toda la tarde. Wright salió por sus suministros y los metió a la cocina para luego limpiar y desinfectar exhaustivamente cada producto, él sentía asco de todo lo que había

tenido que ver, pero no estaba dispuesto a rendirse en sus intentos por comunicarse con alguien más.

Al pasar otros quince días Richard ideó un plan para poder enfrentarse a su poco aseado proveedor, la solución la halló en la misma ventana en la que se había refugiado la vez anterior. El solitario muchacho creía que podría empezar a entablar una relación con el desaliñado hombre barbón que le hacía las entregas desde un punto en el que se sintiera menos expuesto, por lo que el mejor lugar que se le ocurrió era dentro de su propia cabaña. Antes de llevar a cabo el segundo intento de su plan, Wrigth sintió gran entusiasmo, visualizaba su objetivo muy cerca de ser alcanzado y eso lo animó a esperar desde muy temprano el momento idóneo para romper su largo mutismo. La misma desagradable rutina de recibo se repitió frente a él, pero la motivación del encerrado joven era tenaz y no se apartó de la ventana pues no dejaría pasar una oportunidad más por sus temores. El señor Miller puso la caja llena de productos en el lugar de costumbre, y Richard estaba a punto de pronunciar un cordial saludo, la situación se tornó angustiosa cuando de su garganta no emergió sonido alguno, el impulso vocal no subía por la garganta sino lo contrario se hundía en lo profundo de sus entrañas. Todo intento por querer articular cualquier palabra fue en vano, pues lo único que brotó de la garganta del muchacho fue un suspiro ahogado que no emitió ninguna clase de sonido. Por otro lado, Miller nunca se percató de lo que sucedía en la ventana, y como siempre dejó el paquete y lue-

go se fue. En cuanto Wright oyó el estrepitoso sonido del motor arrancar inhaló una enorme columna de aire, tomó energía para salir a toda prisa y tratar de alcanzar al hombre que se marchaba, de un solo movimiento abrió la puerta y se lanzó al exterior, pero su intento por abordar a su proveedor no tuvo éxito.

En los días que transcurrieron al segundo fracaso de Richard, él se abocó a intentar pronunciar palabras, por un momento dejó de lado su deseo de querer relacionarse con otro humano para enfocarse en poder escuchar su propia voz. Por más que se esforzó, el joven no alcanzó a articular ninguna clase de palabra coherente, lo único que pudo ser escuchado de él fueron incomprendibles sonidos guturales que reflejaban la desesperación por imitar alguna clase de lenguaje que antes era articulado por el muchacho. Todo indicaba que el silencio no solo se había apoderado del ambiente que rodeaba a Wright sino que lo había invadido, por lo que el muchacho entendió que por más que quisiera derrumbar el velo de la soledad que tenía sobre él, no habría fuerzas dentro de él que fueran capaces de hacerlo. Las semanas transcurrían y Richard tuvo otro par de intentos en los que procuró concretar la comunicación con el señor Miller, trágicamente el resultado siempre resultaba en la misma derrota, y el joven notó que con cada intento su mutismo se agravaba más y junto a él la cabaña y el bosque se silenciaban. Trató de prestar atención a las aves, pero no oía cantos, las puertas no rechinaban y el piso no crujía con el paso de sus pies, la soledad le había rebatido has-

ta el último sonido.

Todo empeoró al momento en que Wrigth se dio por vencido, no quiso intentar sentir el calor de las relaciones humanas, ni siquiera buscó formas de hacer que él o su entorno recuperan la sonoridad. Aquel mudo ser pretendió seguir con una rutina cotidiana, es decir, se levantaba, hacía labores de limpieza, comía, hasta trató de releer sus libros. No obstante, la afectación por la que cursaba se empezó a hacer notoria cuando dejó de tender la cama, de cambiar las sábanas cada semana, de doblar y almacenar su ropa en cajones, incluso de tener higiene personal como una ducha diaria o el lavado de dientes.

Hay gente que ve la soledad como una forma de vida, otros como una expresión, pero Richard no vio que en su caso era una plaga que se hacía acompañar de otros males. No se percató que el estado de descuido salió de su habitación e infectó al resto de la cabaña. El polvo se tornó en un elemento habitual del rústico domicilio, en la cocina no se volvieron a ver platos limpios y la tarja siempre estaba cubierta de una vajilla que primero tuvo restos de comida en su superficie para luego dar paso a un cultivo de descomposición, lo anterior sin contar el hedor que el lugar desprendía. Las otras habitaciones no tuvieron un destino diferente y a su manera cedieron ante el descuido que padecía su propietario. Ante tales circunstancias no sorprende que el desolado hogar diera refugio a nuevos inquilinos que se arrastraban por el suelo y se escondían en las esquinas más aisladas.

Cuando Wright se percató de la presencia de insectos, anélidos y arácnidos cohabitando su mismo espacio, sintió que la jaula que lo apartaba del mundo ya no era tan solitaria, y extrañamente se sintió acompañado. En cuanto a las provisiones que le llegaban cada quince días, el ermitaño dejó de limpiarlas y solo las apilaba en donde encontrara espacio, su alimentación escaseó lo que provocó que adelgazara al punto de adquirir un aspecto cadavérico que difería abismalmente con su antigua apariencia.

El tiempo no se detuvo, los ánimos de Richard empeoraron a la par de sus facultades mentales, no solo olvidó como hablar, a sus recuerdos perdidos sumó lo que para él significaban las relaciones humanas y con ello perdió toda humanidad. Es posible que en ese punto fuera más animal que humano. De pronto se obsesionó con estar completamente solo, masacró a cada uno de los inusuales compañeros de piso con los que compartía su hogar, no descansó hasta saberse el único ser vivo capaz de moverse en el recinto. Una vez finalizada su labor miró sus manos para contemplar los restos de insectos, anélidos y arácnidos que tenía embarrados desde las uñas hasta los antebrazos, por un fugaz instante recordó el trauma que lo había acompañado durante toda su vida y que lo arrojó hasta ese estado. Wrigth pudo haber pensado que su miedo al fin culminaba para luego salir de oprimente cabaña, pero no fue así. El joven se lanzó a toda prisa a lo que antes había sido el baño y trató de alcanzar el lavabo para mojarse las manos y limpiar la sensación de

asco que le recorría el cuerpo entero, de la llave no salió ni un mililitro de agua. El muchacho sintió lágrimas recorrer su mejilla, frente a él había un espejo que no reflejaba nada por la cantidad de suciedad acumulada, por lo que Richard procedió a remover con su mano lo más que pudo y así luego de vario tiempo vio su reflejo. Él no creía que aquel esquelético, barbudo, con el pelo hasta el pecho ojeroso y decaído cuerpo fuera suyo, por fin pudo ver los frutos de su apartado encierro y su exilio, mismos que no produjeron satisfacción alguna, por el contrario un sentimiento desconocido lo conquistó y tomó pleno control de él.

Fue en aquel momento en que el joven deseó con más fervor que nunca escuchar lo que fuera en un último intento por librarse del abrasador silencio, con sus propias manos destruyó todo lo que halló a su paso. Empezó con los espejos y todas las superficies reflejantes, pues repudiaba su propia presencia y deseaba librarse de ella, luego siguió con los muebles y objetos personales. A medianoche no había nada que no estuviese roto y el joven golpeó con puño cerrado cada muro de aquel domicilio, finalmente calló con las manos fracturadas y ensangrentadas, no satisfecho con el resultado sonoro se reincorporó y utilizó sus pies para terminar lo que sus manos habían iniciado. Al cuarto para las cinco sintió el frío de la noche, y buscó refugio en una habitación que antes había servido de bodega, lugar donde encontró una vieja caja de cartón que jamás había visto y que contenía una antigua grabadora con una colección de case-

tes de sus padres. Wright hizo un último esfuerzo para prender la grabadora y escuchar una sola canción, esta se reprodujo sin problema alguno y los oídos del muchacho fueron tomados por la melodía y voz que zarpaba de las bocinas. Richard se acostó y dejó el casete andando mientras se deleitaba con el producto de una voz humana.

No pasó mucho para que la policía encontrara el cadáver de Richard Wright. El joven fue hallado luego que el señor Miller diera aviso a las autoridades, pues le agobiaba que las cajas que él iba a entregar no habían sido recogidas las últimas dos veces, ello llevó al hombre a dar un vistazo a la cabaña y se percató del fatal estado en que estaba, finalmente se asomó por una de las ventanas rotas y vio el desastre que yacía dentro, él pensó que alguien había usurpado la cabaña y llamó al 911. Los oficiales entraron en el desastroso recinto y ahí encontraron a Wright junto a la grabadora, luego de contemplar la escena descartaron la posibilidad de un asesinato y dejaron que los forenses determinaran la verdadera causa. Poco se comentó de la muerte del joven, pero la única respuesta viable es que él había perecido como fruto del silencio y soledad a la que había acudido en exilio sin saber la insidiosa naturaleza de aquellas fuerzas que le extirparon el último grado de vida.

Teratos
Perú, 1975

ELLA DE BARRANCO, YO DE CHORRILLOS

Aquellas noches de recuerdos mi alma nuevamente afligida, ahora es como si no hubiera pasado mucho tiempo. Angela, el esperar volver a verte era un estruendo golpeando mi pecho, ir a verte en aquella esquina de la Av. Pedro de Osma barranco, quedarme algunas horas, sentirme vivo con solo estar allí, recuerdo aquella vez que caminamos hasta una pequeña bodega, compramos unas latas de cerveza, recuerdas que regresamos nuevamente a la banca de madera, algo sucia por el sentar de la gente, cómo olvidar las hojas secas en el suelo, acumuladas por el viento, tu pateando algunas, y ellas aferrándose al calzado. Reíamos porque el soplar de aquellos aires de barranco acumulaba una a una las hojas muertas, mientras las latas de cerveza refrescaban nuestras gargantas en cada sorbo, a veces te decía lo mucho que te quería, tú bajabas aquella mirada perdida y luchabas con tus impulsos para saber si besarme o solo hablar de otras cosas.

Las palabras se chocaban entre ambas, creando solo una, qué tiempos eran esos, que ahora me olvidé de algunas cosas. Tus manos, tu mirada constante al reloj que lle-

vabas en aquella frágil muñeca. Ni mencionar aquel celular apretado entre tu jean y tus piernas, en el que no puedo dejar de pensar. Algunas veces me sentía un desquiciado, pensando en lo sexualmente atrevido con mis palabras, solo deseaba poseerte. Mientras las latas de cerveza se calientan con el tocar de nuestras manos, los minutos jugaban en nuestras cabezas, tengo esas ganas de quedarme allí a tu lado, sin tiempos ni relojes diciendo que debemos salir de aquel escenario, pero nos invade un silencio, se esfuma de mi aquel escenario , reniego por aquella perdida, pero vuelvo en una corta risa, recordando su voz.

Ahora recorro aquel camino rumbo a Chorrillos, huelo entre la brisa nocturna, cabellos húmedos y perfumes dulces, la voz tierna decir lo mucho que me quieres.

Ahora dejo la esquina en mi bicicleta, tratando de llevar siempre todos mis recuerdos, tu voz, tus gestos, tus suaves labios, que en conjunto era un completo hombre embrutecido. Ahora dejo Barranco porque hoy te quedas. Mientras voy a Chorrillos, y mañana volveré a ver aquella esquina de siempre, nuestro escenario (Ella de barranco yo de chorrillos).

Elvira Gonpe
Monterrey, 1995

ENTRE LAS ESTRELLAS

29 de febrero de 2004

He estado esperando tanto por esta oportunidad, viajar a la luna es el sueño que muchos hemos tenido desde niños. Me he preparado por años; ejercité mi cuerpo, practiqué meditación, aprendí ingeniería aeroespacial, leí libros sobre algoritmos, es mi momento de ir por mi sueño.

11 de marzo de 2004

El traslado será el día de mañana, fundaré junto a otros seis compañeros de distintos países una base espacial que en el futuro será un puerto para viajes más largos. Estoy tan emocionada y ansiosa por lo que se viene.

30 de abril de 2004

Llevó mes y medio viviendo literalmente en la luna, a veces se asemeja a lo que soñé de niña y lo que pude ver en tantas películas de ciencia ficción. La luna tiene un tono de blanco que no recuerdo haber visto en la tierra, la temperatura es lo suficientemente fría que podría calar en los huesos, el silencio podría recordarnos a los budistas zen de lo tranquilo que llega a ser.

10 de enero de 2005

Los días y las noches son tan iguales que no llego a recordar lo que era observar la salida del sol entre montañas. De mis seis compañeros se han ido tres, quienes fueron arrebatados de una mente sana por el eterno silencio y la alargada oscuridad. El día en que el tercero de mis compañeros se fue, pude ver en mí la misma necesidad de volver, sin embargo, decidí ignorar el deseo debido a que el silencio y la oscuridad me hacían sentir como si perteneciera.

30 de junio de 2008

Últimamente no vivo para contar, últimamente vivo para monitorear,

últimamente no estoy para apreciar, últimamente estoy para registrar,
últimamente no soy una persona, últimamente soy una observadora.

14 de marzo de 2010

Mis compañeros han estado en constante cambio, quienes me acompañaron en el inicio reciben mis notas diarias. En cambio, mis nuevos compañeros se muestran emocionados, reconozco la emoción de sus rostros, los ojos llenos de lágrimas al mirar la majestuosidad del infinito, la sonrisa de saber que estás en la inmensidad y la inexplicable sensación de querer gritar porque te sientes vivo...yo me sentí así, mis compañeros también se sintieron así...

12 de mayo de 2012

Esta mañana ha partido el último de mis compañeros de la segunda expedición, al igual que los demás pude apreciar la evolución de sus emociones; la desbordante felicidad de lo nuevo, la curiosidad del misterioso universo, el aburrimiento de la monotonía, la desesperación del encierro, la tristeza de la soledad. Pronto llegarán nuevos compañeros y pronto veré el ciclo repetirse.

13 de octubre de 2013

La oscuridad es indescriptible y el silencio es irónicamente celestial. Mi cuerpo no ha dejado de ejercitarse un solo día, mi mente no ha parado de meditar, todos los días relato lo que observo a través de mi ventana, y obsesivamente reviso el funcionamiento de la base lunar. En ocasiones me preguntan mis compañeros tanto de la tierra como de la base, porque sigo aquí...no voy a mentir y decir que no desee ver a mi familia, que no desee ver las estrellas desde la tierra, pero la oscuridad...el silencio...me llaman.

30 de septiembre de 2016

Acabo de despedir una tercera expedición, nuevamente se repite el patrón: felicidad, curiosidad, aburrimiento, desesperación, tristeza. En algunos el patrón tarda, en otros al mes necesitan volver. No soportan la oscuridad ni el silencio...no soportan la soledad.

11 de abril de 2017

Llevó medio año habitando la base espacial completamente sola, después de la tercera expedición decidieron enviar robots para ayudarme con la investigación. Estos seis meses he observado con mayor atención mi alrededor, he notado una variedad de tonos en la oscuridad y he aprendido a diferenciar los silencios a lo largo del día o el lugar en el que me encuentro en la base.

24 de abril de 2019

He observado las estrellas deslizarse desde la esquina más escondida hasta el lado más vistoso, he mirado los meteoros chocar entre sí y quebrarse en pequeños trocitos que recordarían las galletas de la infancia, he descrito el movimiento de los planetas que danzan en una exótica coreografía, he reportado los cambios de la atmósfera terrestre como aguas en oleadas tropicales.

He visto la oscuridad, he escuchado el silencio.

20 de marzo de 2020

Nunca me he sentido aburrida ni triste en la base lunar, la incomodidad que describen mis compañeros al llegar a la tierra sobre la vida aquí, lo hace ver como el peor de los castigos. Yo nunca me sentí más viva hasta que viví entre las estrellas...

Karen López
Guadalajara, 2000

FOTO

Me regresas la mirada de papel,
con los cristales tristes,
los ojos nostálgicos,
igual que aquella última vez
que llamaste mi nombre
frente a una multitud
y que me dijiste todo
menos aquello
que yo necesitaba oír.

Y ya no hay nada,
salvo tu cabeza inclinada,
ambos brazos cruzados
y el silencio.

El silencio
que no me deja en paz.

Dante Vázquez M
Lugar, 1980

KOHINA: NUNCA PODRÁS COMPENSAR TODO EL DAÑO QUE HAGAS

Todo lo que hay dentro de la habitación está cubierto por una ligera capa de polvo, yo incluida. En el suelo las marcas de mis pequeñas huellas apenas son visibles. Y un hilillo de luz se cuela, hasta la cama, cada día, entre las cortinas azul marino con estrellas. Ahí me siento a dibujar, a la misma hora, lo que aprendí bien después del accidente: muñecas, como yo, diciendo adiós. Ya no leo ni tampoco canto, de hecho, jamás me agrado del todo. Cuando alguien sonríe por ti, el pecho se siente cálido.

—Un cuento nos hace soñar; una canción, despertar —me decía Lau cada noche—. No estás vacía, sólo tienes miedo de escuchar crujir los pétalos de la rosa mística escarlata dentro de ti.

Me encontró oculta detrás de unas cajas rotas de cartón. Pensé que ese sería mi lugar para siempre. Cuando el corazón se rompe el autoabandono inmoviliza, y huyes del dolor. Me levantó con sus manos suaves. Sacudió de

mi cuerpo las telarañas. Zurció mi bracito. Me puso un vestido rojo, unos zapatos negros y me cepilló el cabello. Lo contrario a lo que viví con Liz.

Una tarde de lluvia torrencial, traté de escapar. Esperé sobre el librero, mi guarida cuando Liz quería picarme con alfileres, a que la puerta estuviera abierta. Salté sin titubear. Rodé y corrí como mi amigo el ratón me enseñó: por las orillas y rápido. Llegué a las escaleras, desde donde me lanzó varias veces. Escalón por escalón fui bajando. Me pegué a la pared. Espié la cocina: la sombra de Liz parecía mirarme. El sonido de la televisión en la sala reventaba los oídos, igual que cuando Liz me gritaba que me despreciaba. Mi amigo el ratón me dijo que abajo del fregadero había hecho un hoyo, la mañana que Liz me cortó con un cíter. Tenía que llegar hasta ahí. Me quité un zapato y se lo aventé con todas mis fuerzas al gato, al que Liz me daba como juguete. Le pegué en uno de sus ojos. Maulló fuerte y se aventó a las piernas de Liz. Mi amigo el ratón intentó ayudarme. Su cabecita crujío y yo choqué con la pata de una silla.

Fueron semanas de angustia las que vinieron después. Su cuerpo se marchitaba. Un mes antes de que se llevaran a Liz al hospital: me abrazaba siempre que podía, mientras se limpiaba sus lágrimas. Yo me apartaba, herida. Desde su infancia supo que estaba enferma. Le enojaba estar enferma. Enferma quiso sanar. No volvió, ni su familia tampoco.

Al principio me mostraba indiferente con Lau.

—Soy una muñeca. Las muñecas no tenemos emociones —le decía con voz monótona cada vez que me platicaba de su día—. Soy una muñeca. Las muñecas no tenemos pensamientos.

Sus ojos se humedecían y me acariciaba las mejillas con suma dulzura. Y aun así me compartía su alegría, enojo y tristeza sin condiciones. También me hacía regalos y se preocupaba por mí. Entregarse libre a lo que se aprecia da sosiego.

Se me había roto el vestido con un clavo del librero. Me compró uno de rayas rojas y blancas. No quería ponérmelo y corrí por largo rato. Cansada dejé que me alcanzara y con renuencia me lo puse, sin darle las gracias. Me miró torciendo la boca y a punto de sollozar.

—Me duele que seas tan fría conmigo —me dijo sentándose en la cama—. Hacer del ayer un presente lastima a quien a ti se entrega.

Me dormí debajo de la cama, reflexionando en sus palabras. Desperté agitada en la madrugada. Las cortinas ondeaban desesperadas. Lau no estaba. Algunos libros se cayeron. Corrí a buscarla. Me levantó del piso y me abrazó.

— Todo está bien — susurró tranquila —. Vamos a descansar.

A partir de esa ocasión me propuse ser más agradecida. La gratitud puede compensar nuestros errores, aunque no del todo. A pesar de comportarme más amable, dispuesta y cariñosa, notaba en su semblante cierto descontento; y en sus acciones, pereza.

Dejó de enseñarme a dibujar y cantar. Sólo se limitaba a cuidarme de una forma básica. Sus conversaciones no pasaban de cosas triviales; por ejemplo: "Hoy me comí unos hot cakes con mermelada de fresa y no me gustaron. Te voy a leer un cuento y luego me iré a dormir".

Más que aburridos, los momentos que pasábamos se volvieron desolados. Las heridas sanan con el tiempo, y depende de nosotros cómo recordemos las cicatrices.

Antes de que se fuera de casa le di un corazón azul con tulipán rojo bordado. Lo guardó en su mochila. Me besó la frente.

Imagino que una de las estrellas en las cortinas es su compañía. Echo de menos su cálida voz, y ya no quiero dibujar muñecas diciendo adiós.

A veces me atrevo a observar por la ventana el amane-

cer. Y después de un rato vuelvo bajo la cama. Otras, me pongo a leer bajo el hilillo de luz su libro de cuentos favorito. Y otras, a cantar en voz baja:

Te llevo conmigo, estés donde estés, sin temor y ayer,
sanaste mi ser.

María susana López
Buenos Aires, 1959

LA LOCA DE ARRIBA

Ella brilla como una estrella o se estrella como un meteorito.

Se activa con las luces, como un actor arriba del escenario.

Su especialidad es el monólogo. Con su verborragia divaga, en pocos instantes genera las más profundas emociones, es un camaleón, muda, sufre una metamorfosis. En decimas de segundos, construye el pensamiento como Alicia en el País de las Maravillas, Pinocho o el Rey león.

Es una buena historiadora, se traslada hasta la época de Santa Teresa, representa a la Loca de la casa, de pronto es mono que salta de rama en rama, se convierte en una astrologa y hacer predicciones futuristas. Toca música experimental con su cacofonía interna.

Como actriz exigente actúa siempre de protagonistas de sus obras, nunca papeles de reparto, el ego no se lo permite.

Los mejores relatos siempre son autorreferenciales. Su lenguaje activo estalla como bengala multicolor.

Circula en una carretera, de momentos llana o con circunvoluciones. Transita entre un ajetreo de emociones, sufre entre la ansiedad por lo desconocido y la infelicidad por lo perdido.

Cuando baja el telón sus luces no se apagan, siguen encendidas, colores atenuados, continua rumiando. La imaginación alerta, planifica su próxima obra.

La insatisfacción es continua, no le permite disfrutar el presente. Tiene miedo a la compañía de Soledad.

Su estructura hiperactiva se agrieta, antes que le pase factura, piensa en hacer algo.

Le dijeron que un curso de yoga y meditación a través de movimientos corporales conscientes, pueden regular las emociones, su yo y las tensiones para alcanzar la calma.

Su caja de resonancia anda necesitando silencio.

Sara Manen
Ciudad de México, 1993

LILUH

Cuando la vida solía ser demasiado, Liluh vagaba por la ciudad, visitaba la librería local y se enrollaba en sus suéteres de colores que solían ser tan largos como un vestido y tan amplios como un abrigo y leía por horas frente a la ventana observando a los transeúntes hacer su vida normal.

A veces imaginaba lo que harían después de darles un vistazo ocasional o las cosas que iban pensando de vuelta a casa o a sus trabajos agobiantes.

La ciudad solía tener cuatro turnos y la vida costaba tanto que la mayoría hacia dos o tres y siempre parecían estar muy cansados o activos de un modo que no era para nada natural.

Luego hablaba con la vieja Aandra, mujer encantadora. Tenía las mejores historias que contar sobre los fundadores de la ciudad y le encantaba especialmente el tono de su voz, estaba siempre tan emocionada y alegre.

La gente solía reírse de ella cuando lo mencionaba, chica torpe y crédula. Los dueños de Okal & Gess programaban así a todos sus autómatas. No había nada de especial en la señora Aandra, salvo el nombre y probablemente su número de serie.

Era muy interesante que aunque todo iba tecnificándose con rapidez los libros permanecieran libros, incluso pa-

sar las páginas resultaba fascinante.

Los había de todo tipo y los cuentos infantiles eran de sus favoritos, los dibujos, los colores y esos que venían con chanchullos tecnológicos que hacían explotar estrellas holográficas a su alrededor o reproducir un tipo especial de música directamente detrás de sus oídos eran toda una experiencia, según la persona que los leyera los acompañamientos sensoriales serían diferentes y era toda una delicia descubrir cuáles experimentaría ella.

Aandra le daba un marco de partida, porque podía escucharlos y verlos todos, pero cuando se trataba de los olores y los sabores su experiencia era más bien limitada. Liluh siempre intentaba describir a qué sabían las cosas, Aandra apreciaba el gesto pero más veces que no su expresión era de indulgente incomprendisión.

Un trueno la hizo levantar la vista acompañada de un sobresalto, el cielo se iluminó por una secuencia atroñadora de rayos y relámpagos y se abrazó a sí misma, hundiendo el rostro aún más contra el libro.

Especialmente en días como ese, leer era reconfortante. Una taza llena de té de filura se colocó a su lado y Liluh sonrió, aspirando el calmante olor floral que desprendía. De sabor agridulce usualmente se preparaba sólo con las flores, pero Aandra decía que el tallo era más nutritivo y al agregarlo siempre que lo bebías hacia al final había un regusto amargo que hacía que la dulzura previa fuera más satisfactoria.

Como los libros, y la pequeña tienda de Okal & Gess que había llegado hasta ese rincón incómodo de un planeta

como Obom, donde la vida pasaba cuatro turnos por vez, dulcemente, suavemente, con el estruendo amargo de una tormenta para recordarle a todos que estaban ahí, que Liluh seguía ahí y que por esa tarde podría leer libros infantiles con té caliente hasta quedarse dormida y mientras durase podía ser feliz.

Carmen Macedo Odilón
Ciudad de México, 1987

LO QUE SE QUEDA EN SECRETO

“Ojalá acabe la maldita pandemia”, pienso envuelta entre las cobijas. Afuera está a punto de amanecer y una oscuridad que a cada minuto se debilita me apura a cerrar los ojos. Cuando salga el sol, tendré ganas de levantarme, aunque ni siquiera haya dormido. Que el día todavía no empiece si aún me falta la paz del ayer. Doy vueltas en la cama, el cobertor me abraza y roza mis piernas desnudas. No estoy cansada, pero ansío soñar que esta hambre de tacto se agota. Que en vez de telas y almohadas sean los brazos de alguien que aún no conozco; de alguien a quien no alcancé a conocer.

Me detengo, giro el cuerpo y, boca abajo, el cielo deslucido que se asoma por la ventana me proporciona la fantasía de la noche. “Ojalá acabe la maldita pandemia”. Necesito salir, traer a alguien a mi casa para compensar este ciclo de encierro y contacto a distancia: besos sin sabor y sonrisas virtuales como si de una mala película se tratara. Los “te quiero” en el WhatsApp, los stickers en Facebook y los corazones en Instagram no me alcanzan, no me llenan ni me calman.

Bajo las cobijas, vuelvo a escuchar un mensaje de voz con el fin de perderme en la negrura; tanto de mi refugio, como de unos cabellos ensortijados que ya no puedo tocar. Afuera se oye el cantar de un pajarillo madrugador.

Me levanto, cierro las cortinas e impido que entre la luz. No ahora que mi cuerpo está encendido, cuando me he cansado de mí misma con los ojos cerrados diciendo el primer nombre que se me ocurre con tal de sentirme menos sola.

Me arrojo a la cama, busco un gorro o una bailerina para cubrir mis ojos de esta realidad que me mata. Me acaricio las piernas que quisiera fueran de otro. Mis dedos recorren las curvas de la cadera y aprietan la carne de mis nalgas. Se me escapa un suspiro. Las sábanas, como suaves cadenas, me aprisionan. La bailerina se vuelve mordaza y, húmeda por la saliva, me recuerda el arte del beso: una leve mordida, la lengua exploradora y el delicioso chasquido de labios que desatan sensaciones encabalgadas.

Suben mis manos entre el ir y venir de personas, recuerdos de amores añejos, parejas lejanas y deseos que solo existen en este cuarto. Mis uñas se enredan en mis cabellos, rasgan mi cuello y se deslizan desde los hombros hasta el pecho. Una mano explora arriba, la otra tantea del vientre hacia abajo. Me detengo, ahora ambas se enfocan en el masaje de los pechos: primero el izquierdo y luego el derecho. Pausa. Con cuidado, los diez dedos se unen en una misma tarea. El corazón

me late desesperado y mis sentidos se concentran en un punto. Contengo la respiración, tiemblan mis manos y voy dejando de palpar la piel, atónita.

Tengo una protuberancia en el seno derecho. Me levanto y, frente al espejo, alzo mi brazo para volver a tocarla. Es redonda y se mueve ligeramente bajo la carne. Necesito agendar una revisión médica, aunque esté aterrada de salir y el mundo siga repitiéndome “quédate en casa”. Más que nunca pienso “ojalá acabe la maldita pandemia”, un solo cuerpo no puede albergar tanto miedo.

D. J. González
Caracas, 1968

MUERTO INSEPULTO

Amaneció con un enorme dolor de soledad. Se sentía solitario como los habitantes del desierto. Justo en ese instante se dio a la tarea de realizar un conteo de memoria de sus amigos actuales. Se quedó pensativo, como enumerándolos a todos. Luego entró en un profundo cavar y advirtió, con tristeza, que no le quedaba ninguno. Esta comprobación lo abatió por completo. Pasó todo el santo día dándole vueltas a la idea de vivir, lo que le restaba de vida, sin amigos. -¡Qué tristeza!- Exclamó con una voz inaudible.

Nunca pensó vivir tanto tiempo. Llegar a viejo y no poder contar a uno sólo de sus amigos "vivos", no era un premio, era un enorme castigo, tal vez, el peor de todos: la soledad. Veía a la soledad como el traje pret a porte de los sobrevivientes generacionales y, con elevada amargura, entraba en conciencia de que él era uno de ellos. Pensaba que ser sobreviviente de una generación era la evidencia tangible del destrozo social que el sólo discurrir del tiempo genera en la vida de aquellos que desafían a la muerte. Y uno, en este ciclo, deambula muerto actuando como vivo. En estas circunstancias, el vivir dolía en la piel. En la piel porque dolía por todas partes. Le afligía imaginar el cierre de su ciclo vital como alma errante y solitaria, de manera forzada. – ¡Sólo la muerte

puede liberarme de esta prisión corpórea!- Suspiró. Sólo el espíritu de la muerte podía liberarlo de aquel cuerpo que desde hacía rato no obedecía sus órdenes.

Otro día con los pensamientos enredados en el conteo de sus amigos vivos, no por lo numeroso de éstos sino porque no había identificado a uno solo de ellos, pudo comprobar que tampoco le quedaba familia. Todos sus familiares, incluyendo a su esposa e hijos, habían sucumbido al paso del tiempo. Qué es vivir si no morir de a poco, pensaba. En su caso, de a poco y muy lentamente.

Veía el viejo reloj, cansado por tanto tiempo medido. Lo tenía desde los quince años. Fue su regalo de quinceañero y todavía lo acompañaba. Se le veía exhausto. Se levantó y se dispuso a hacer su rutina acostumbrada. En seguida volvió a sus labores mentales que le ocupaban desde hacía varias semanas: contar a sus amigos vivos. Andaba con un cuaderno debajo del brazo y un lápiz colocado detrás de su oreja para registrar de inmediato el nombre de sus amigos, en caso de que aparecieran. A su edad, la generación de ideas era difícil y, peor aún, recordarlas.

En eso andaba cuando su memoria comenzó a recordar a los muchos amigos remotos que había tenido a lo largo de su vida. Este cambio le sorprendió, pues él no le había dado esa orden a su cabeza. Luego recordó que sus órganos eran unos renegados y ahora le tocó a ella. Se dejó llevar. Trató de inventariar todas las situaciones vividas con cada uno de ellos. Tuvo tiempo de elegir

entre tantos recuerdos. Se centró en sus amigos, ya casi seguro de que no le quedaba ninguno, y en sus enemigos, tarea muy sencilla, pues sólo tenía uno. Como aquel amigo, devenido en furibundo enemigo unilateral. Así que se dispuso a aclarar en su mente, complaciente por entonces, este capítulo.

Se preparó un café cargado para acondicionar su psique para el trabajo mental y agotador al cual pretendía someterla. A esta edad los trabajos de la cabeza le parecían canciones y extenuantes. Recordó que este amigo, en particular, era más cercano y entrañable que cualquier otro. Compartieron muchas situaciones de vida, de compañeros. Incluso familiares, pues los padres de ambos eran muy allegados.

La fuente de la discordia apareció un día en que el referido amigo estaba en labores de boda. Había conocido a una linda mujer de la sociedad del lugar donde vivían. Su prometida, en conocimiento de la relación que su novio tenía con él, y al tanto de las muchas aventuras vividas, le prohibió terminantemente que lo invitara a tan magno evento, por no ser una buena compañía. Él cumplió al pie de la letra la petición de su novia. En consecuencia no fue invitado a la ceremonia como tampoco a la celebración de ésta. Fue el acontecimiento del año. Esto marcó su enemistad para siempre. De la noche a la mañana, su hermano, su amigo, se convirtió en su peor enemigo. Más nunca cruzaron palabras. Desde ese momento el sentimiento de rencor que sentía se hacía cada vez más grande. Fue el único enemigo que tuvo en toda

su vida. Era un sentimiento personalísimo. En cambio su ex amigo, nunca mostró odio alguno hacia él. Se quedó viviendo en el pueblo con su esposa con la cual tuvo dos hijos.

Pasado el tiempo, recibió de manos de un heraldo desconocido, un extraño sobre que hacía las veces de invitación. Por esta época no existía ni radio ni televisión. Por lo que el canal más expedito de entrega de encomienda y correspondencia era el personal. La clase pudiente contrataba a personas para que sirvieran de estafetas para hacer llegar invitaciones de fiestas o celebraciones, pero también de muerte. El sobre en cuestión era oscuro y lúgubre, su contenido solo podía dar cuenta de noticias de muerte. Se asustó. No lo quiso abrir en seguida. Sentía un enorme temor de recibir la noticia de la muerte de su último amigo desconocido o, en reconocimiento del estado de deterioro de su estropeada memoria, olvidado. Prefirió dejarlo para más tardes.

Ciertamente era una invitación a una inhumación. La misma era una convocatoria al entierro de su único enemigo, lo que le causó profunda sorpresa, pues no sabía que estaba enfermo. Se sintió acongojado y triste al saber que su ex amigo, hoy enemigo, se había despedido de este mundo. De pronto un enorme sentimiento de rabia se apoderó de él y con una voz estentórea y altisonante, lanzó un enorme grito que generó un ensordecedor eco en las cuatro paredes de la casa solitaria donde habitaba. -No me invitaste a tu matrimonio y me vas a invitar

a tu entierro. ¡No señor! ¡Párese y váyase caminando al cementerio!- sentenció.

Decepcionado salió a la calle a tomar aire. El sol se ubicaba en su punto más alto. Una vez fuera pudo identificar en el suelo, en torno a su figura, una sombra en forma de círculo concéntrico, señal inequívoca de que eran exactamente las doce del medio día. La noticia era el común denominador. En los pueblos pequeños donde no pasa nada, una muerte o la celebración de la fiesta del santo patrono, generaban el mismo alboroto.

Ante tanta algarabía se dispuso a desandar el camino de vuelta a su casa. En el trayecto un sentimiento de profundo alivio se apoderó de él. Afanosamente buscó la razón de ello. Pensó que con esta muerte se quedaba sin enemigo, pues él era el único y último enemigo de su vida. Se sentía liberado del peso que representaba odiar a alguien durante tanto tiempo. Se sentía libre.

Luego de un tiempo, ya casi vencido. Cansado de contar sin éxito a sus amigos con vida, y cuando ya no tenía esperanzas de encontrar a ninguno, se acordó de Ezequiel, su mejor amigo de la primaria, según se lo dijo su memoria, que a pesar de la rebeldía que exhibía por estos días, al igual que sus restantes órganos, no era mentirosa y él le creía. Fue así que se dio a la tarea de buscarlo. Lo guiaba la esperanza de encontrarlo con vida. En ese afán, le vino la certeza de que ya no tenía más amigos que contar. Ezequiel era su última esperanza. Su lista se había terminado y con ella la fatigosa y extenuante tarea

de contarlos.

La idea de conseguirlo lo mantuvo muy ocupado. Al cabo de unas semanas de tanto buscarlo, por fin lo encontró, pero un aire de terror recorrió toda su humanidad: el olor a muerte era intenso. Su sospecha se hizo realidad. Al llegar a la casa de Ezequiel pudo ver, sin ninguna sorpresa, que estaba repleta de personas. Con la certeza de estar en posesión de la verdad que tanto temía, procuró entrar para averiguar lo que allí ocurría, rogándole a Dios que lo que él daba como certeza fuese la más grande de las equivocaciones. Que tal premonición era una jugarreta más de su memoria rebelde.

Después de un largo forcejeo se impuso a la concurrencia que llegaba hasta la acera del frente de la casa. Cuando se acercó pudo ver un ataúd en capilla ardiente. Sentía que su cuerpo se desmoronaba por la verdad que desde hacía rato le dolía por toda su piel.

Todo aquel alboroto efectivamente obedecía a los actos mortuorios con que despedían a su antaño y último amigo. Desorientado y perdido, salió del salón velatorio. Ya en la calle sintió un enorme escalofrío que se pasaba en un circuito cerrado interminable por todo su cuerpo. Su cabeza no dejaba de pensar que el último de sus amigos yacía inerte y plácido al mismo tiempo, pues vio en él una sonrisa dibujada en su rostro, como señal de agradecimiento por haber sido liberado de aquella pesadilla de estar viviendo muerto y, para el colmo, preso en un cuerpo con órganos dotados de total rebeldía, como le ocurría a él.

Al final de su travesía se sentía inmortal pero muerto a su vez: era un zombi. Pensaba que ser un sobreviviente, es vencer a la muerte, pero a la vez es ser dueño de la certeza de una soledad que le ha de acompañar hasta el final de sus días. Es en definitiva el tiempo suficiente que muestra la desaparición física de los amigos pero también de los enemigos. Sólo entonces comprendió que morir es no estar nunca más con los amigos.

Y la muerte -¡la tan temida muerte!- murmuró, en esta línea de pensamiento, era el camino expedito para el reencuentro con ellos. Su inmortalidad lo hacía sentir desdichado, al mejor estilo de Borges. -¡Uno anda muerto creyéndose vivo!- pensó, e inmediatamente suplicó: -«Dios ayuda a mi pobre alma»-.

Karonlains Alarcón Forero
Colombia, 1984

UNA SONRISA AL REVÉS

Para Katherine, mi hermanita.

Bien dicen que los padres no deben sobrevivir a los hijos, es antinatural tener que ver el féretro del que una vez acunaste, al que le tomaste la temperatura, el que calentaba tus noches. Ser obligada a observar cómo lo meten en esos cubículos de cemento helado, en ese sepulcro que no cobija. Mi hijo siente frío, lo sé en mis entrañas, por eso le canto sus nanas favoritas, con las que me regalaba esa sonrisa de encías que tanto amé. Canto cuando tiendo la ropa y encuentro su mediecitita perdida, canto cuando barro y un juguete extraviado asoma su presencia, canto cuando siento que me voy a hundir, cuando recuerdo las últimas horas a su lado, en el frío del hospital, rogando que alguien me prestara atención, canto para que la brisa le entregue mis caricias allá en donde reposa.

Sé que el padre sufre, pero él está lejos, no tiene que vivir con ese fantasma en una casa impoluta y contaminada a la vez, él siempre estuvo conmigo, acariciando mi vientre, ayudándome con la cotidianidad que se complica, hablando del futuro compartido. El nacimiento de un

hijo débil fue como un golpe con guante de seda pidiendo una satisfacción, hizo afrenta a los doctores y perdió el duelo; él lloró conmigo mientras el bebé menguaba bajo focos cubierto de tubos sin que nada se pudiera hacer.

Hace tanto que sucedió... Ya dicen que lo superé porque logro levantarme todos los días, porque accedo a peinarme y bañarme, los que no lo han vivido creen que el dolor se apaga con el tiempo. La verdad es que vive de forma perenne; sucede que se convierte en una esfera pesada y ardiente que cargas en tus párpados abiertos y que solo liberas en el aislamiento del alma; cuando quema mucho la guardo en el vientre, bien adentro, donde alguna vez acuné vida, allí duerme haciendo unos días soportables, o se remueve, haciendo otros insufribles.

En esas horas en las que todo se desborona, cuando ya no puedo sostenerme en pie y las ganas de acariciarle la frente o acunarla en mi regazo se alzan como un señor imponente, entonces me miro al espejo, observo detalladamente la cicatriz que me concedió al nacer, es hermosa, es la primera sonrisa que me regaló, una sonrisa al revés que me ayuda a sobrevivir.

Ezequiel Olasagasti
Buenos Aires, 1989

SIN LUZ

Se despertó porque la cabeza le explotaba. Desde adentro del cráneo parecía que le golpeaban con un martillo y, por momentos, sentía que en vez de un martillo era un cuchillo enorme el que le perforaba los sesos. Quiso prender la tele para ver qué hora era, pero no prendió. Apretó con fuerza los botones tratando de exprimir lo último que regalaban las pilas, pero era inútil, no había luz.

Se paró a los tumbos puteando su falta de equilibrio. Quería saber al menos la hora y no tenía un puto reloj en ese dos por dos en donde caía a dormir a veces. Estaba todo oscuro, pero afuera podía ser de día y las ventanas cerradas no permitían que entrara ni el sol ni el aire fresco. El celular estaba apagado, no tenía batería. Corrió al tomacorriente más cercano para conectarlo, al minuto volvió a insultar al aire por no recordar la falta de luz.

Seguía sin saber a hora. A tientas manoteó en un cajón una vela bastante consumida. La cabeza le seguía doliendo. Prendió la vela y fue hasta la heladera a buscar un limón –un trago de jugo puro y listo te salva la vida– pensó, esa receta secreta lo había salvado varias veces en el pasado. Sin embargo, no había limón, ni remedios, ni nada. Solo un poco de agua fría que usó para enjuagarse ese sabor asqueroso que sentía en la boca y no le dejaba

prender un cigarrillo en paz. La ceniza cayó al piso, de todas formas, estaba sucio. La solución que ideó para la resaca era la de seguir borracho hasta encontrar un maldito limón. No había whisky en ningún lado, salvo en su petaquita de metal que llevaba un poco. Le dio un beso al pico. Era nacional, y que gusto a mierda le sintió, pero era lo que tenía por el momento.

Ahora que se ponía a pensar un poco, cayó en la cuenta de que no solo no sabía la hora, tampoco sabía que día era. Si era lunes tenía que ir a trabajar. Si era martes ya tendría que estar buscando un nuevo trabajo.

Sacó el celular de su bolsillo y lo arrojó en la mesa. Aunque estuviera prendido dudaba que alguien lo llamara o le mandara mensajes. Ya no recordaba qué música hacia el aparato cuando recibía una llamada. Su familia por conflictos que tenían con él y sus amigos porque los suponía perdidos hace tiempo.

Le agarró hambre, ya dos días sin comer. Y no tenía algo que le quitara el apetito mágicamente como ayer. Vio el espejito sobre la mesa, ese tan lindo que le sacó a su hermana cuando se fue de casa. No se reflejaba nada ya en él, tenía marcas de dedos, manchas, gotas de sangre arrastrada y ya seca. Que no hubiera luz no le ayudaba a intentar encontrar "algo" en el espejito. Le pasó la lengua por toda la superficie y no encontró nada, solo sintió el gusto de la coagulación en la boca. -Tal vez me duele la cabeza de hambre nomas-se dijo a sí mismo. Tomó otro trago de whisky y le dio otra pitada al puchero. La oscuridad de pronto fue perforada por un rayo de sol

y el sonido de la puerta que se cerraba retumbo el lugar. La mujer que dormía anoche junto a él se había ido. Se inclinó en su silla y pensó- la puta madre no le pregunté el nombre- sopló el humo al techo dijo en voz alta-la puta madre- le hubiese preguntado qué hora era-.

Eduardo Omar Honey Escandón
Ciudad de México, 1969

SILENCIAR EL MUNDO

No me gustas ahora que callas, que estás ausente y desconozco si me podrás escuchar a la distancia de lo que es el más allá. Sigo recostado en el lecho en el que apenas hace dos días era de ambos. Sin perder la costumbre, ocupo sólo el borde derecho y ansío sentir cómo tus pies buscarían a los míos en pos de algo de calor.

Ahora es el vacío el que habla. Así como los silencios son parte importante de la música, las ausencias forman la armonía de donde provienen los recuerdos y la nostalgia. Al otro lado del océano de sábanas y cobijas hay un precipicio en cuyo fondo descansan, esperan, dos pantuflas. Son las que te regalé como broma en navidad al jugar con tu queja de varios meses de que la ropa ya no te quedaba.

Al norte de ese océano existe una isla que flota sobre la vasteredad. Allí, adormecida, yace la lámpara que tenías encendida todas las noches. Al pie de ella aún sonríe en sus colores y grosor el libro que leíste durante los últimos meses y que más de una vez señalaste como clave para terminar la tesis en el verano que parece que nunca más llegará.

A veces quisiera que el sonido que no cede en mi cabeza se acallará por fin, en definitiva. La calle está llena de sonidos en una cacofonía que nunca será una obra

maestra. Sin embargo, por accidente, se llegan a unir en nefastas cadencias que profetizan aciagos futuros en el presente en que resuenan.

Allí está el sonido del golpe, el crujir del metal, neumáticos rechinando, el impacto contra algo duro y tu grito. Nunca vi lo que sucedió, solo fui escucha. Un réquiem de apenas dos segundos, dos súbitos segundos.

Giré y corrí hacia ti, tu espalda apoyada contra la pared, tu abombado abdomen rodeado por el capó de ese auto rojo. Te tomé de la mano y tus palabras fueron las únicas que cobraron sentido esa tarde: "No me dejes sola".

La desesperación suena a conversaciones inconexas, voces que salen de radios, sirenas que acuden desde el infinito tiempo. No volvimos charlar, bastaba la conversación entre tus ojos y los míos. Aprendes a decir ten fe, no desesperes, te amo con el alfabeto de la mirada.

Me forzaron a soltarte cuando los aullidos de las ambulancias y sus colores colocaron la nueva escenografía. Entre varios me tuvieron que detener para acudir a tu lado tal como clamaba tu rostro, más débil cada segundo. No dejé de hablar contigo e inventaba nuevos lenguajes al parpadear. Tú mantenías la esperanza al otro lado del puente que tendimos mientras personas uniformadas decidían qué hacer contigo.

Finalmente te soltaron y, sin esperar mucho, te subieron en una de las plañideras de rojas luces. Tuve que rememorar mi lengua natal para entender lo que me preguntaban. Que si te conocía, que si éramos familiares, que si me daba cuenta de lo que pasaba.

Al hablar, cómo se gastan palabras inútiles cuando basta una última mirada para darse el adiós. Me subieron en otro vehículo que gritaba con sus luces rojas y azules la prisa que tenía por alcanzarte. Al llegar al hospital salí del auto sin esperar a que se detuviera y atravesé la puerta, esquivé a los que esperaban atención y me interné en urgencias. Me negaba a llamarte por tu nombre temiendo que fuera de mal agüero, que al romper un sello imposible marcado por alguna anónima deidad te pudiera condenar a la muerte.

Finalmente me topé donde yacías con los ojos cerrados y rodeado por un cortejo de doctores y enfermeras con largos y sombríos rostros, así como máquinas que vibraban quedamente con puntillosos ruidos.

Del galimatías que expresaron solo quedó "...la perdimos a ella como al bebé..." mientras estoicamente, las máquinas seguían en su conversación.

Desde entonces creo firmemente que, si pudiéramos obviar el sonido de las desgracias, cortar de tajo el audio de estos momentos, sería mucho más sencillo llegar a aceptarlos u olvidarlos.

Sin embargo, al mirar de nuevo al océano que está a mi costado, al observar continente más allá donde reposan tus perfumes, espejos y cosméticos, sé que el silencio no es ausencia, sino presencia permanente en los objetos del diario, imposible de dejar atrás. Menos acallar.

Flor Rodriguez
Argentina, 1988

NADA MÁS QUE DECIR

Los accidentes pasan, o al menos, es lo que suele decir la gente cuando no podemos evitar una acción que generalmente nos desarma la vida.

Esta es justamente mí historia, les contaré un poco para que puedan comprender. Cuando tenía unos 10 años vi morir a mí hermano, al que por cierto, amaba demasiado.

Él era mi mejor amigo, siempre estaba para mí y debido a que nuestro padre se había ido hace algunos años, el cumplía el rol que parecía haber heredado. Todo era más fácil con él, aunque eso no evito que muriera.

Fue una tarde de abril, al salir de la escuela paso a buscarme para irnos juntos a casa. Siempre hacia eso, sobre todo porque yo era muy pequeña para caminar sola. La cuestión es que íbamos caminando mientras jugábamos a no pisar las líneas de las baldosas, cuando de la nada apareció un auto a toda velocidad y se dirigía justo hacia donde yo estaba. No reaccione, me quedé ahí parada, parecía que estaba esperando que me chocará. De pronto sentí un tirón en el brazo y en cuestión de segundos me encontraba tirada al otro lado de la vereda, pero mi hermano no estaba a mí lado, no, él fue quien tironeo mí brazo y al hacerlo ocupó mí lugar.

El chófer del auto había sufrido un infarto y al hacerlo su pierna entumecida presionó el acelerador. Mi hermano quedó tirado en la vereda, parecía dormido y yo solo podía llorar mientras unas personas a mí alrededor me hablaban.

Fue una situación espantosa que nunca pude sacar de mi mente, incluso hoy, al escribirlo, mis ojos se inundan en lágrimas y me cuesta respirar.

Los días pasaban y yo no podía comprender lo sucedido, fue un instante. Mi madre me pedía que hablara con ella y juro que deseaba hacerlo, pero había algo en mí que no lo permitía.

Los años pasaron y mi habla se volvió un fantasma que solo volvía en mis sueños. La soledad se hizo amiga y nunca volví a ser quien era.

Solo éramos mi madre y yo ante el mundo, pero la vida no quiso darnos respiro. A los pocos años de aquel horrible accidente, mi madre enfermó. Mi única familia, mi protectora, comenzó a morir rápidamente y en cosa de un año, ya se había ido.

La vida se me volcó encima con su perdida y no fue hasta ese momento, que entre sollozos pude exclamar mí dolor “tu no mamá” grité, aunque creí que lo había imaginado. Mi voz se apagó con mi hermano y se encendió el día que ella partió, solo para dejarme expresar ese dolor tan intenso que me corría por dentro.

No sé aún si fue una casualidad, una señal o simplemente, fue la forma que mi mente encontró para acallar tanta tristeza.

No volví a hablar después de su muerte, pero esta vez fue, por decisión propia.

Karla Hernández Jiménez
Veracruz, 1991

SEÑAS PARTICULARES

Levanté la cabeza de mi almohada con mucha dificultad, sintiendo los rayos del sol quemando el lado derecho de mi rostro. Me molesta sobremanera.

En mi casa, las horas pasan sin que apenas lo note, apenas soy consciente del tiempo hasta que el cielo se vuelve oscuro. Hoy tampoco he logrado abandonar este estado de semiletargo desde que me di cuenta que ninguno de aquellos que se hacían llamar mis amigos me ha vuelto a hablar, ni siquiera un mensaje.

Nadie ha vuelto a ver mis ojos grises con entusiasmo, tampoco he escuchado a alguien pronunciar mi nombre con una cálida sonrisa en los labios. De nuevo sólo hay desilusión en el camino que me aguarda.

Llega la noche y coloco mi cuerpo en la cama sin poder dormir, revoloteo en el colchón mientras las lágrimas salen de mis ojos manchando la almohada con esa huella acuosa que se extiende por la superficie mullida. No puedo, me levanto en medio de mi habitación mientras bailo una triste canción a las tres de la mañana.

Miro todo a mi alrededor, sintiendo todo como el día en que el desastre emocional comenzó a fraguar me esta soledad, preguntándome si alguien me extrañará el día que muera si es que a caso pudiera acabar conmigo misma.

Promesas y nada más, una simple esperanza vana que jamás podrá ser.

Me duermo llorando mientras los recuerdos me invaden una vez más atormentando ese vacío alojado en mí, sin que pueda evitar sentirme miserable al permanecer recluida en esta soledad que parece nunca tener fin.

Miro el amanecer filtrándose por mi ventana mientras el último acorde de mi triste canción desaparece en un rincón lejano de mi cerebro.

El mañana ya es hoy, el día apenas comienza, pero sé muy bien que permaneceré sola una vez más sin el menor indicio de que todo eso pueda cambiar de repente.

La gente afuera de mi ventana parece muy serena, con la certeza de que al final de su camino no encontrarán una casa vacía en la que lo único que reine sea el ruido del silencio.

¿Tendría caso seguir hablando? Si al menos hubiera alguien que pudiera entender mi dolor no sería tan terrible.

Callar luce como la mejor opción para frenar un poco el dolor que ha carcomido mis destrozados sentimientos ahora que el eco de mis pensamientos es mi única compañía.

Salvador Castro
Ayotlán, 1999

SENSACIONES

“Subo la radio a un volumen intenso,
A veces prefiero no escuchar lo que pienso”
-Cuarteto de Nos.

No hiciste planes para salir este fin, así que luego de pasear al perro vuelves a casa, ves dos capítulos de la serie y consideras por un momento terminar la serie hoy mismo. Te detienes, en parte porque piensas que mañana la pasarás igual, y en parte porque el último capítulo hablaba de la televisión, la realidad, y cómo la tele supera a la realidad como interés de algunos humanos. Ni hablar, a cenar bien y a cuidarse. Pero andas de débil y por un lado piensas que no tiene nada de malo ver unos videítos mientras cenas. Así, te sirves la cena a toda prisa y vuelves al escritorio: testigo de momentos sublimes cuando eres capaz de meterte disciplina, pero también inseparable de los momentos más monótonos y desperdiciados. Una vez en el escritorio, tomas tu teléfono, pero no hay internet. Así que lo arrojas a la cama. Aquí comienza todo.

Comienzas a pensar mientras comes: nunca estás solo con tu alimento – te dices-, aún cuando estás “solo”, siempre hay teléfono en mano. Hoy que no lo hay, observas que es eso que te echas a la boca; figuras y olores vienen a ti. Una vez la comida dentro, comienzas a

sentir distintas texturas, distintos sabores. Pareciera que todo es más rico cuando le prestas atención. Terminas la cena y vas a asearte, hay muchas cosas que haces, pero hoy, las haces en silencio. No está aquel remedio infalible para no pensar ni prestar atención a lo que haces, que se llama música en servidor de celular.

Así, haces las cosas con presencia, y no te apresuras por volver a tomar el teléfono. ¿De verdad cuesta tanto aprender a vivir a solas? Pareció sencillo, pero admitamos la ayuda del fallo del internet.

Ojalá que puedas aprender a vivir a solas siempre, solo contigo y tus pensamientos. Pero sin distractores que te evitan el silencio para pensar.

Olivia Bucio Negrete
Guadalajara, 1972

HERMOSA DESPEDIDA

Ella estaba en la última cama, no la llegué a conocer; llevaba ya dos meses ahí cuando nosotros llegamos.

Durante la primera semana, solo vi que la visitaran dos de sus hijos, nunca supe si tuvo más familia.

Ya no hablaba, ya no se movía, la alimentaban por un tubo, le cambiaban pañales, la movían cada dos horas como indica el reglamento, (lo sé, porque me tocó hacer lo mismo con mi esposo en una de tantas).

En cada visita al seguro, siempre me gustó observar a las personas: nuestra reacción ante la adversidad dice más de nosotros que en cualquier momento de nuestra vida.

Observé a los dos hijos de aquella pobre mujer, tan distintos uno del otro, me dio gusto que haya pasado sus últimos momentos con el correcto. Jamás interactué con ellos, pero ellos me contaron una historia de manera involuntaria. Nunca supe sus nombres, pero yo los voy a nombrar Barrabás y Pablo, (por aquello de los personajes bíblicos).

Cuando le tocaba el turno a Barrabás de cuidar a su mamá, eran gritos, quejas; era estar molestando a las enfermeras para que movieran a su mamá, llamarlas inútiles, descuidadas, incompetentes; se la pasaba hablando en el celular con un abogado y peleando con otra perso-

na; entraba y salía; pero no hacía nada por ella.

En cambio, cuando le tocaba el turno a Pablo, él la cambiaba, la movía, la bañaba, le lavaba sus llagas y la peinaba, y cuando lo hacía, le hablaba con mucho cariño.

Supe que había perdido su trabajo, que sus compañeros de su congregación a veces le llevaban algo y su familia no vivía con él.

Pocas horas antes de morir, llegó Barrabás y le dijo que ya no quería cuidarla, que ya estaba harto, que necesitaba regresar a su trabajo y que con su divorcio tenía para problemas; que ya no quería más. Pablo le dijo que estaba bien, que solo lo dejara ir a comer algo, pero Barrabás tenía prisa y no se quiso esperar.

Cuando se fue, una de las enfermeras se acercó a Pablo y le dijo que no se preocupara, que ellas iban a estar al pendiente en lo que iba a comer algo. Él agradeció, le dio un beso a su mamá y se fue.

Aunque yo estaba enojada con Barrabás por su actitud, al ver en sus ojos miré su cansancio, su frustración y dolor, quién era yo para juzgarlo si no sabía nada de él; pero si alabé la entrega y abnegación de Pablo. Me conmovió.

Esa noche, Pablo salió por una enfermera y le mostró el pañal de su madre, la cama de mi esposo era la primera, cerca de la puerta, así que pude ver que era negro. (Hemorragias internas).

Mientras la enfermera iba por el doctor, él regresó y se puso a orar. Alcancé a escuchar algo de lo que dijo:

“Gracias por todo lo que hiciste por mí, gracias por mos-

trarme tu fe, gracias a Dios por la vida que te dio y por el tiempo que estuviste. Mamá, ya puedes irte. Descansa. Recuerda que te espera nuestro padre celestial. Has sido una mujer valiente y la mejor mamá que la vida me haya dado. Te amo. Descansa."

Le leyó el salmo 23 (Jehová es mi pastor...) y siguió orando un momento más.

Llegaron las enfermeras con el doctor y la revisaron. Tomaron nota de su hora de muerte y la sacaron. Pablo tenía mucha paz en su rostro cuando salió de ahí.

Después de tanto ajetreo, por fin pude dormir un momento y a la mañana siguiente que salí al baño, me encontré con los dos hijos, no me sorprendió que solo uno llorara; el otro continuaba en paz, consolándolo.

Denisse Vazquez
Guadalajara, 2000

SILENCIO EN RETARDANDO

Había dejado de usar el teléfono fijo cuando vio su desventaja frente al celular, aun así, el miedo a que algún día alguien lo llamara y se enterara de la inexistencia de aquel número lo mantenía pagando una cuota de 200 pesos al mes. Esta vez, Antonio Gómez recibía una llamada que, al no ser contestada, culminó en un mensaje: Buenos días, llamamos de la empresa Robles para comentarle que hemos notado que el saldo de su tarjeta ha sufrido varios movimientos drásticos en los últimos meses, queríamos confirmar que es usted, Don Antonio. El final de la oración logró abrir sus ojos, el "Don" resquebrajó los pensamientos, se preguntó desde hace cuánto la gente sentía la necesidad de llamarlo "Don", pero lo que realmente lo sorprendió fue que había abierto los ojos. Los planes le indicaban que ese día a las ocho menos quince su cerebro habría dejado de trabajar para él. Fallé hasta en lo único que el humano hace bien: Morir-Pensó, mientras trataba de entender por qué no eligió otro método más efectivo, aunque Antonio lo tenía muy claro, temía ser juzgado aun después de muerto. ¿Cómo es que una sobredosis era más digna que una bala en la frente? Solo él lo sabía, entre las suposiciones que su servidor se ha hecho se encuentra la teoría de para Antonio

deshacerse de la responsabilidad que incluso su muerte implicaba le otorgaba una especie de tranquilidad. No es que se le fuera a ver como un héroe, pero ¿Acaso la mirada inquisidora de la gente sería capaz de juzgar a un hombre cuya única emoción verdadera le causó la muerte?

Por otro lado, le era tormentoso imaginar los murmullos que el suicidio podría acarrear.

“Pobre hombre, ya me lo imaginaba”. Diría su vecina con lástima.

“¿Ya qué le quedaba? Ni mujer, ni hijos, ni nada que hacer, la tristeza se le notaba en los ojos”. Respondería Josefina, apenada por el desdichado hombre.

Tantas situaciones se acumularon en su memoria futura y comenzaron a desbordarse en los oídos. Intentó mover los brazos, pero parece que nadie le avisó a su cuerpo que no había de morir ahora. Intentó entonces gritar, pero los gritos se le regresaban de la garganta, fue entonces que deseó con ansias morir asfixiado por ellos, desafortunadamente no tardaron en desvanecerse.

Antonio vuelve a intentarlo, pero no hay éxito aparente, y las ideas se estrellan en su nuca, haciéndole saber que está condenado a una calma superior a la que vivía cuando tenía el poder sobre sus movimientos.

Pero que iluso, ¿Acaso creía que aun si se suicidaba alguien encontraría su cuerpo? Seguro habrías sido devorado por las hormigas antes de que cualquier persona se preguntara por ti- Pensó que dijo, pero la realidad es que eran más de esas palabras que le obstruían su cue-

llo. ¿Había algo más terrorífico que el silencio en el que ahora se encontraba? Quizá sí, el estruendoso silencio en el que se halló siempre. Los días sin gente, las noches sin grillos, los rayos a los que el sonido nunca alcanzaba, las habitaciones vacías que encapsulaban el silencio y no lo dejaban salir.

En el golpeteo del reloj se condensan sus pulsaciones, uno, dos, uno, dos. Tratan de clavarse en el oído, pero ni eso sirve para detener el silencio que se expande por los 180 grados que sus ojos alcanzan a cubrir. No hay aceleró ni retardando, el corazón se coordina perfectamente con el del segundero, uno, dos, uno, dos. Gritos que no salen carcomen la habitación, las piernas pasmadas intentan patalear en un intento de salvación, lágrimas que se quedaron a nada de salir le nublan la vista y la calma lo sigue rodeando, la fe comienza a escapársele por los oídos atrofiados. Pero entonces, algo distinto ocurre, su pulsación se retrasa. Es ahí cuando Antonio vislumbra una esperanza, cuando su corazón deja la coordinación con el reloj y despacio le otorga a éste la posibilidad de tocar al unísono, deleitándolo con un crescendo. ¿Será que ahora, en la muerte, habrá por fin de descansar? Los ojos se le van cerrando y el sonido del reloj es devorado por lo que parece ser... un silencio más sofocante.

Mutismo es una recopilación de textos a través de los que se reunen diferentes perspectivas alrededor del elemento auditivo más constante en la cotidianidad: el silencio.

Miedo, ansiedad, armonía y libertad son algunos de los tópicos que encontramos en las obras que dialogan con el escalofriante espacio en blanco y lo vuelven un ser tangible.

